

La gran amenaza de la civilización

Cáncer. Prevención. Curación

POR EL DR. EDWARD PERCY ROBINSON

(CONCLUYE, véase el número anterior).

Toda la sal necesaria para el cuerpo humano la suplen los tejidos animales y vegetales que comemos. La sal que añadimos a nuestro alimento está demás. El fluido digestivo del estómago, llamado jugo gástrico, contiene entre otras cosas, ácido nitro-clorhídrico; este ácido se forma únicamente con la sal que se halla en el estómago de cualquier manera que allí se encuentre, ya sea la que contienen naturalmente los alimentos que tomamos, ya la que usamos artificialmente; de aquí que mucha sal produzca mucho ácido. Toda sustancia o cualquiera cantidad de sustancia que la naturaleza no necesita en la economía del sistema, es un exceso para el cuerpo; las sustancias que no se necesitan se considerarán como extrañas y la cantidad en que exceden a las necesidades de la salud es superflua, pues únicamente lo que naturalmente se necesita es lo que es retenido y usado por las células.

Los riñones son los órganos que eliminan las sales del cuerpo, y se les sobrecarga de trabajo en proporción al exceso que tienen que eliminar. Estos órganos, llamados los filtros del cuerpo, son excesivamente sensibles a las sustancias irritantes, su mecanismo es complicado y consiste en células intensamente especializadas en la tarea de separar las sustancias químicas de la sangre, por lo que algunos biólogos consideran los riñones como órganos que poseen un alto grado de discernimiento.

Normalmente ellos eliminan una cantidad razonable de sal, eliminando un exceso por algún tiempo, pero cuando su capacidad se extralimita, cesan en sus funciones y las excreciones venenosas invaden las células del cuerpo. Es lo bastante para hacer ver que ellas dependen del modo como se las trate.

El adulto civilizado toma alrededor de cincuenta onzas de agua durante las veinticuatro horas del día, lo que se considera como la cantidad normal. Un análisis de esta agua señala, entre otras sustancias, la presencia de la mitad del uno por ciento de clórico (0,50). El clórico proviene de la sal que se ha comido. Un cálculo a la ligera nos demuestra que algo así como dos dracmas o 120 granos, alrededor de dos cucharaditas de sal, son expelidas diariamente del cuerpo, por lo que es bastante razonable el presumir que los riñones pueden continuar indefinidamente su tarea extraordinaria de química analítica y permanecer sanos. Sin embargo, yo digo que la naturaleza sólo elimina el exceso; en tal caso, técnicamente, la mitad del uno por ciento debe ser un exceso. Si esto es cierto, se preguntará el sentido común, ¿por qué darle este exceso de sal al sistema, forzando así a los riñones a un tra-

bajo innecesario para librarse de ella? El sabor de la sal es agradable, razón muy fútil para una persona seria. Sin decir que sería mucho más inteligente reducir el exceso que pasa por la orina a un 0,05, lo que es todavía bastante liberal.

No existe nunca ningún peligro en comer sal, pues el sistema está siempre tolerando un exceso, y al respecto vale aquí citar la obra «Secreción de la Orina», de A. R. Cesshing. Dice: «El porcentaje de sodio en el plasma de la sangre permanece fuertemente invariable cualquiera que sea la cantidad en la orina, la más pequeña desviación que se observa es incompatible con la vida. Es decir, que la sangre y los otros fluidos del cuerpo continúan reteniendo la cantidad de sal que necesitan, a pesar del hecho que se pierda poca o ninguna por la orina. En verdad, la sal que debe tomarse para mantener la cantidad normal en los fluidos del cuerpo, es muy pequeña. Muchas personas no comen sino lo que la naturaleza ha depositado en los alimentos. Lo que es especialmente verdad en los pueblos salvajes. Los indios norteamericanos usan muy poca sal y esto solamente en las ceremonias, en las cuales se pasa una escudilla a todos los presentes y cada uno toma un pizco. Con razón podemos establecer que el cáncer es desconocido entre los indios que viven en estado de naturaleza».

Una excelente autoridad del lejano Oriente, dice: «Soy incapaz de ver y aún de oír nada del cáncer, aunque he tratado un gran número de médicos y he hecho muchas investigaciones sobre esta enfermedad, he visitado hospitales con muchos miles de enfermos en el Japón, China, Corea, Las Filipinas, India, Siam y Egipto, y en todas partes me hallo la misma cuestión, es decir, que el cáncer se encuentra muy raras veces entre los pueblos vegetarianos».

Es importante observar que este escritor menciona particularmente al Japón como libertado del cáncer, porque hace poco, más o menos 25 años, que hubo allí una gran mortalidad ocasionada por esta enfermedad; parece que en ciertas partes del Japón, en aquel tiempo, los habitantes vivían casi únicamente del pescado salado, que era el único alimento animal que tenían; como se pescaba solamente en determinada estación, era necesario salarlos para conservarlos y aquí tenemos de nuevo un hecho muy significativo: que no fué hasta que se redujo el consumo de pescado salado y con él la cantidad de sal que contenía, que el cáncer desapareció en el Japón, siendo la razón, como es fácil deducir, que los japoneses no son muy golosos de sal.

Nosotros, los occidentales, nos considera-

mos como los seres más civilizados de la tierra y todavía morimos a la rata anual de 100,000 de cáncer y tumores malignos, mientras los pueblos menos civilizados que viven más primitivamente están libres de esta terrible enfermedad.

No sería del todo injusto considerar al cloruro de sodio (sal de mesa) como el único agente por el cual el elemento soda entra en el sistema. Existen otras muchas sales de sodio que han llegado a ser comúnmente remedios caseros y que se toman ordinariamente como la sal de mesa. Nos es familiar el bicarbonato de soda; casi todo el mundo ha tomado una dosis de esta sal para mitigar la acidez del estómago y muchos de nosotros sabemos por experiencia que la mejoría que sentimos es pasajera, pues es generalmente seguida de una acidez mayor; además, las células del cuerpo deben o eliminar el exceso de soda o bien sufrirlo para condensar el elemento potasa que normalmente pertenece a su composición química.

Por añadidura tenemos el benzoato, el salicilato y el borato de soda usados para conservar ciertos alimentos junto con las sales formadas por la combinación de la soda con los ácidos de las grasas. Estas sales se toman en muy pequeñas cantidades, pero, sin embargo, son suficientes para perjudicar la salud y en consecuencia la eficiencia de las células; por otra parte, existe en las casas el más pródigo uso de la soda para cocimientos y todas estas sales son diferentes formas del mismo elemento, es decir, que la soda se encuentra en todas ellas o no se llamarían sales de soda. Es por demás superfluo mencionar las sales usadas en las conservas alimenticias.

Por esta costumbre perniciosa, la soda entra en el cuerpo humano en tan grandes cantidades y tan continuamente, que las células se sobrecargan con ella para su mayor perjuicio. ¿Y por qué sucede esto? Porque el exceso del elemento soda en los componentes de la célula desplaza la potasa que es esencial para el funcionamiento sano. Así las células están forzadas a luchar por su existencia en un medio hostil en donde se les niega el alimento que necesitan y caen presas de la enfermedad y desintegración, una fase de lo que se conoce como cáncer.

La real e incitante causa del cáncer es el elemento excesivo de sodio en las células y fluidos del cuerpo. Este veneno, pues no es otra cosa (cuando se usa con exceso), debilita de tal manera el poder de resistencia de la célula, que ella se inflama rápidamente y pasa a menudo a un estado maligno.

Tal vez la razón por la cual el cáncer se desarrolla tarde se debe a la incapacidad de la célula para distinguir el elemento soda del elemento potasa y, por consiguiente, como el elemento soda no es conocido al principio por las células como un veneno, se insinúa lentamente dentro del cuerpo y muy poco a poco termina por desplazar la potasa. Este es un proceso lento que requiere años para completar el cambio y es por